

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

El mayor portento del mundo.

El mundo católico ha conmemorado con las mayores muestras de regocijo el nacimiento temporal del Hijo de Dios, hecho hombre para redimir á los hombres. Y apenas se presenta en el mundo el Redentor del mundo, comienza á cumplirse una palabra profética, segun la cual el niño recién nacido seria puesto como signo de contradiccion, y blanco de todas las mas furiosas persecuciones. Aun está en su pobre cuna, y un rey sanguinario le busca para matarle. Judios y gentiles, herejes y malos católicos se declaran enemigos de Jesús, y le odian y le blasfeman. Vino á los suyos, lleno de gracia y de verdad, y viéndole tan pobre, tan manso y tan humilde, despreciaron su pobreza, ultrajaron su hu-

mildad y escarnecieron su mansedumbre. Hacia milagros estupendos y le llamaban hechicero, predicaba una doctrina santísima, y le acusaban de impostor, hacia una vida edificante y le tenían por pecador, predicaba la obediencia, pagaba tributo al César, cumplia exactamente la ley, y le denunciaban como enemigo de los poderes constituidos, como prevaricador y sedicioso. Iba por todas partes haciendo bien, sembrando dichas, derramando consuelos y la rabiosa Sinagoga le condenó á sufrir el suplicio de los esclavos, atropellando las leyes, escarneciendo la justicia, pronunciando una sentencia, inspirada por el ódio, dictada por la ira, y ejecutada por la barbárie. Jesucristo fué clavado en una Cruz, y su sangre cayó como lluvia de fuego sobre la frente de los

judíos, donde llevan estampada la maldición de Dios.

Los gentiles persiguieron con furor á Jesucristo en sus fieles discípulos, confiscando sus bienes, haciéndolos morir de hambre, de frío, en el destierro, en las cárceles, en los circos, en los potros, y en las hogueras.

Los herejes vienen después á continuar la historia de los odios judaicos, combatiendo á Jesucristo con el sofisma, la calumnia y la blasfemia. Los samosatenos combaten su eternidad, los arrianos su consustancialidad con el Padre, los ebionitas sus dos voluntades, los eutiquianos sus dos naturalezas, los calvinistas y luteranos su impecabilidad, los filósofos su divinidad, los liberales su soberanía social.

Entre los católicos hay un gran número de discípulos fieles que aman á Jesucristo, defienden su doctrina, cumplen sus leyes, trabajan por su gloria, y están dispuestos á morir abrazados á la Cruz antes que pactar con sus enemigos, antes que mancharse con la apostasía. Pero no seamos ilusos: no juzguemos de las cosas y de los hombres según nuestro deseo, sino según la tristísima realidad. La mayoría de los españoles no ha renegado todavía de Jesucristo, ni renunciado el nom-

bre de católico. Pero hay muchos que profesan un catolicismo falsificado, y no pocos que profesando la integridad de la fé, obran como sino creyesen, deshonrando con sus obras la doctrina purísima que confiesan con sus labios. Aquellos pretenden unir en sacrilego himeneo la verdad católica que es pura como una virgen y el error liberal que es tenebroso y hediondo como su padre, el espíritu de la perversión y de la inmundicia, y los otros que se precian de creer en Jesucristo, blasfeman su santo nombre, y le niegan con hechos vergonzosos, mas propios de gentiles que de cristianos. Y yo pregunto: ¿cómo se explica este odio implacable, esta aversión enorme, esta guerra incomprendible que el mundo ha declarado al Hijo de Dios? ¡Enigma misterioso! ¡Arcano impenetrable! ¡Portentoso fenómeno! Si Jesucristo hubiese venido á juzgar y condenar al mundo; si hubiese aparecido terrible, austero, cruel; si hubiese venido al mundo vestido de púrpura y oro, seguido de un ejército poderoso, á conquistar con la fuerza reinos y naciones, dejando en pos de sí regueros de sangre, montones de cadáveres, pueblos destruidos y comarcas desoladas, comprende-

ríamos la razón de ese odio universal y de esos bramidos que se oyen en las naciones contra el Cristo del Señor, pero siendo Jesucristo el más hermoso entre los hijos de los hombres, mansísimo y humildísimo de corazón; habiendo venido del cielo á tomar nuestra carne, á conversar con los hombres, á morir por nuestro rescate, á salvar con su sacrificio los pueblos y naciones que estaban como de asiento en el abismo de la barbarie, tengo por un fenómeno monstruoso el odio con que el mundo persigue al Hijo de Dios.

Z. M.

(Se continuará.)

VARIEDADES.

Una velada en el aserradero.

(Continuación.)

En aquella época estas cosas se veían todos los días. Los generales lejos de impedir que los hombres se mataran unos á otros, por cualquier cosa; como si no fueran bastantes las escaramuzas que á cada momento teníamos con el enemigo, eran los primeros en escitarlos al duelo en tales casos; creyendo que de esa manera se daba ejemplo de valor á los soldados. Como si el valor consistiese en matar á otro, ó en hacerse matar uno mismo por una tontería!

El cabo Gousset que pudo verlo todo,

oculto entre los árboles que hay en la orilla del Sambra por aquel lado, me contó luego que Dragut atacaba como un furioso, con el rostro rojo lleno de cólera y los ojos que le saltaban de la cabeza, mientras el teniente Sernin se mantenía muy tranquilo á la defensiva sin hacerle daño alguno; hasta que al ver que Dragut se agachaba de pronto, con intención de darle una estocada en el vientre, lo derribó á tierra de un sa-blazo que le cruzó la cara desde la frente á la oreja izquierda.

Hé aquí lo que nos libró por algún tiempo de su presencia. Cuando pasadas unas semanas, vino de nuevo al regimiento estaba menos insolente. La lección parecía haberle aprovechado; pero las miradas de odio que lanzaba á Sernin, cuando no era observado, daban á entender bien claro cuales eran sus sentimientos.

—Cuidado Sernin! decía algunas veces el capitán Rochart. Cuidado te digo!.. Mil bombas! Por qué no le mataste? Verás como algún día!.. Te juro que en tu lugar lo habría matado como á un perro!...

—No temas, Rochart, le contestaba siempre tranquilamente Sernin. Los dos nos conocemos ya... y ay de él si se atreviese.... Otra vez no lo perdonaría.

Pero los presentimientos del capitán debían tardar muy poco á realizarse.

Algunos días antes de la batalla de Fleurus salió parte de nuestro escuadrón á hacer un reconocimiento; el teniente Sernin mandaba la fuerza, y Dragut iba á sus órdenes. Al anochecer, volvíamos á nuestro campo sin haber visto por

ningun lado al enemigo, cuando al atravesar el bosque de Monceaux los que iban de descubierta, vinieron diciendo que habia un peloton de *kaiserliks* (1), dando de beber á sus caballos en el arroyo del molino. Nos separamos en grupos de á cuatro ó cinco para rodearlos y sorprenderlos; y me chocó ver que Dragut despues de distribuir de este modo su seccion se quedó atrás un momento como si estuviera indeciso, marchando por último, en la misma direccion que habia tomado el teniente Sernin. Yo iba con el cabo Gousset. Caminamos un rato entre los árboles, procurando hacer el menor ruido posible; y luego, á una señal convenida, nos lanzamos al galope hácia el punto indicado. Pero los *kaiserliks* habian huido: solo se cruzaron algunos pistoletazos entre ellos y los dragones que trataron de cortarles la retirada. En esto se habia hecho ya de noche. Volvimos á reunirnos. Dragut llegó algo despues que los demás, y me pareció verle limpiar el sable, con un puñado de hojas que luego arrojó al suelo; aunque no podría asegurarlo, porque se veía muy poco.

—Falta el teniente, me dijo Gousset, que estaba á mi lado, en voz baja.

Yo miré, inclinándome todo lo posible sobre la silla, y tratando de ver al trasluz; pues la noche se hacía cada vez mas oscura.

—Es verdad, le contesté en el mismo tono, por mas que apenas podemos con tarnos.... Tal vez se haya extraviado....

En esto Dragut dió secamente la ór-

den de marchar, y poco tiempo despues llegábamos cerca del punto en que estaba acampado nuestro regimiento. En aquel instante oimos á nuestra espalda el galope de un caballo. Era Roux, el caballo de Sernin, un excelente caballo, á fè mia, que venia solo, sin ginete, con la crin erizada, los ojos asombrados, la silla manchada de sangre y las riendas flotando sobre el cuello.... Mis temores estaban confirmados. Sernin habia tenido sin duda un mal encuentro!

En efecto; la mañana siguiente fuí con cuatro hombres, por órden del capitán Rochart, á recorrer el camino que habíamos seguido la víspera hasta el sitio en que los *kaiserliks* daban de beber á sus caballos. Cerca de allí, á la derecha encontramos el cuerpo de Sernin tendido de costado, en medio de un matorral, en el que debió caer desde el caballo al tiempo de morir: una de sus manos estaba aún asida fuertemente á una de las ramas altas, que se habia doblado, y lo cubria en parte con su follaje. Llevaba una terrible estocada que habia recibido por la espalda, y que lo atravesaba de uno á otro lado. Ni en su traje ni a su alrededor, se descubria vestigio alguno de lucha: ni ramas rotas, ni hierbas pisoteadas, ni suelo removido.... nada! Solo se veían las huellas de dos caballos que habian pasado por aquel sitio al galope, en una misma direccion. Todo estaba explicado. Dragut lo habia seguido á distancia, un rato; y luego, aprovechando el momento en que nos lanzamos todos contra los *kaiserliks*, lo habria asesinado á traicion!

Apenas quereis creerlo, pero es lo

(1) Soldados de caballería ligera.

cierto, que nada se hizo para descubrir la verdad de lo ocurrido; aunque todos pensaron á seguida como yo, que Dragut era el asesino. Ni el mismo capitán Rochart, á quien la noticia puso en el estado de exasperación que podeis suponer, logró con toda energía se hicieran al menos algunas averiguaciones. Esta manera de proceder no era ciertamente por entonces cosa extraordinaria. Es verdad que los sucesos se precipitaban de tal modo, que no dejaban tiempo para pensar en nada.

Lo que acabo de referiros sucedió el 23 *perial* (1) y despues el 24 estuvimos en continuo movimiento. En pocos dias pasamos cuatro veces el Sambra; y siempre nos vimos obligados á repasarlo, empujados por Cobourg que mandaba á los austriacos. El 28 pudimos al fin sostenernos en la otra orilla y embestir á Charleroi, el 7 *messidor* (2), la plaza estaba en nuestro poder; y por la tarde ya el ejército entero se extendía en un semicírculo inmenso, con las alas apoyadas en el Sambra, y el centro en los atrincheramientos que Marescot había mandado construir apresuradamente en Heppignies; para recibir á los austriacos que venían á presentarnos la batalla. Pero esta no debía darse hasta el día siguiente.

Alguna vez os he hablado ya de la jornada del 27 *messidor*, en las orillas del Sambra. ¡Qué día tan horrible aquel, Dios mío!

Nuestro regimiento formaba parte de la reserva ese día, y apenas hizo otra

cosa que dar dos ó tres cargas en la llanura, contra el cuerpo de ejército de Kaunitz, á fin de rehacer el centro. Luego seguimos á Jourdan, para apoyar la division Marceau, comprometida en un combate desigual y sangriento con fuerzas superiores, al mando del general Beaulieu.

La lucha era tan terrible por aquel lado, que el estampido de los cañones y las descargas de fusilería se confundían en horroroso estruendo, formando como un trueno continuo que llenaba los aires y hacía temblar la tierra bajo nuestros pies. Los disparos, que no cesaban un instante, habían concluido por prender fuego á todo; y en el espacio de una ó dos leguas, las mieses, los setos, los bosques y dos ó tres aldeas ardían á un mismo tiempo. Las llamas subían, retorciéndose en espirales gigantescas, hasta una altura inmensa: sus rojos resplandores se destacaban de una manera siniestra sobre el fondo del cielo, completamente oscurecido por el humo de la pólvora y del incendio; y á través de las ondas abrasadoras de aquel mar de fuego, veíanse aparecer y desaparecer, semejantes á turbas de negros espectros, los regimientos, las baterías y los escuadrones, en confuso tropel, y chocar entre sí y destrozarse unos á otros; como si pelearán en medio de las llamas, empujados en su carrera insensata por las furias implacables del infierno.....

Nó; jamás he visto en ninguna de mis campañas, ni en el Rhin, ni en Italia, ni en Egipto, un cuadro tan espantoso!...

Al caer la tarde estábamos formados al pié de una ladera, á la vista de Wag-

(1) 11 de Junio.

(2) 26 id.

né. Pocos pasos delante de nosotros, Jourdan, en medio de su estado mayor, seguía ansiosamente los movimientos del enemigo, mirando con un antejo. De pronto se volvió hacia nosotros.

—Un oficial para llevar una orden, dijo al capitán Rochart, que se hallaba próximo á él, en nuestro frente.

Este llamó al subteniente Dragut, y yo fui el designado para acompañarle.

—Vas á ordenar de mi parte á Championnet, sin perder un segundo, le dijo el general, que se mantenga firme en Hepignies, mientras le quede un hombre. atacaré ahora de frente, para echar al enemigo al otro lado de Lambusart.

A seguida partimos al galope.

Al oír la orden, Dragut había palidecido de una manera horrible. Es verdad que la empresa que se nos encomendaba era para hacer temblar al más decidido. Teníamos que recorrer en parte el frente del enemigo, lo bastante cerca en algunos puntos, para recibir un balazo.

—Ah! quieren matarme! gruñó Dragut, rechinando los dientes.... Pero alguno morirá antes que yo!....

Y al decir esto cruzó su caballo, para pasar á mi izquierda; lanzándome al mismo tiempo una mirada feroz.

Dragut me tenía el mismo cariño que yo le profesaba á él; no se si porque temía hubiera podido ser testigo del asesinato del teniente Sernin, ó porque adivinaba en mi semblante que habría dado mis galones, de muy buena gana, á trueque de que el diablo cargara con él.

A decir verdad, muchas veces había deseado verme en ocasión de acabar con aquel miserable; pero os aseguro que en-

tonces no me ocurrió siquiera tal idea. Solo de cuando en cuando pensaba para mí:

—Prepárate Dionisio! Va á hacer quizá contigo, lo que ha hecho con Sermin, y con sus amos... y tantos y tantos otros... Y nadie podrá librarle!... Con tal que la justicia de Dios se cumpla!...

Oh! si hubiese podido recordar en aquel momento, las oraciones que me enseñaba mi madre cuando niño!... Pero la vida que llevábamos, y las ideas que trastornaban por entonces todas las cabezas, me las habían hecho olvidar... Solo más tarde las he recordado.

Encomendaba sin embargo mi alma á Dios, lo menos mal que me era posible, porque la fé no se había borrado por completo de mi corazón; pensando que, de una ú otra manera, muy pronto habría concluido todo para mí.

Entre tanto llegamos al sitio de mayor peligro. A nuestra derecha, una batería enemiga, emplazada sobre una pequeña eminencia, hacía un fuego horroroso contra la división Marceau, cogiendo á Lambusart de costado. Y era preciso pasar á tiro de cañón de aquel punto!... Entonces comprendí porque había cruzado Dragut á mi izquierda. Quería hacerse de mi cuerpo un escudo!...

El terreno estaba sembrado enteramente de muertos y heridos; por todas partes se veían armas rotas y cuerpos destrozados: es que las posiciones que ocupaba el enemigo, habían sido ganadas y perdidas, varias veces, por unos y por otros, durante la mañana.

Nuestros caballos, locos de terror por la inminencia del peligro, se lanzaron á

una carrera furiosa, dando saltos desordenados, para salvar los obstáculos que encontraban en su camino. A cada paso oíamos, en medio del fragor de la artillería, un gemido ó un grito de angustia que desgarraba el alma. Algun herido sin duda, que aplastaban nuestros caballos, á pesar de los esfuerzos que hacíamos por evitarlo!... A intervalos tambien, veíamos á la luz de los fogonazos, que rasgaban por todas partes el horizonte cada vez mas sombrío, una cabeza livida, que se alzaba un momento, del suelo y unos ojos desmesuradamente abiertos, que ños miraban pasar con espanto; ó un cuerpo que se removía convulso, casi á nuestros piés; ó una mano sangrienta que se agitaba desesperadamente, como si quiera apartarnos de sí... Pero todo desaparecía al instante entre las sombras, detrás de nosotros, como las visiones espantosas de una noche de delirio!... Ah! sí, creedme el que ha visto tan sola una vez estas cosas, se pregunta siempre como es posible vivir, despues de haber pasado por tales horrores!...

De repente oí á mi izquierda, un ruido semejante al que harían todos los vientos de la Alsacia, soplando á un tiempo por la trompa de un órgano. La violencia de aquella corriente de aire me privó un momento de la respiracion, y estuvo á punto de derribarme. Conocía demasiado los rumores de la guerra para que me equivocara: una bala de cañon acababa de pasar próxima á mí, á la altura de la cabeza.

En el mismo instante, sentí de pronto asido mi brazo izquierdo, por una mano de hierro que me sujetaba como un tor-

nillo. Pensé que habia llegado ya mi última hora!... Volví instintivamente los ojos en aquella direccion y quedé helado de espanto.... Dragut galopaba siempre junto á mí, firme en la silla, con las riendas en la mano izquierda, el sable desnudo y cruzado sobre el arzon delantero y el cuerpo recto, cuadrado, erguido... pero sin cabeza!... La bala se la habia arrancado á su paso, sin hacerlo vacilar siquiera en el caballo!...

Era una cosa que hacia erizar los cabellos!

Con las sacudidas continuas del galope, la sangre salía á borbotones de su cuello cortado; sus brazos se agitaban con estremecimientos convulsivos; el sable oscilaba, brillando la hoja al fulgor de las descargas, de una manera siniestra; y sus manos se crispaban, apretando mi brazo los dedos de la derecha con una fuerza terrible.

Yo estaba aterrado! Quería apartar la vista, y no podía sin embargo separarla de aquel tronco, horrorosamente mutilado, que ejercía sobre mí una fascinacion irresistible, diabólica!...

Así galopamos, no sabré deciros cuanto tiempo; hasta que el caballo de Dragut tropezó con los restos de una cureña rota. Entonces el cuerpo, lanzado de la silla por la violencia del choque, describió en el aire una curva, por encima de la cabeza del caballo; y fué á caer en tierra, pesadamente, como una masa inerte, al lado de la pieza que se veía desmontada, algunos pasos mas adelante.

Pocos segundos despues recibí la herida que veis aquí, añadió con acento

sombrio el viejo *Segare* que habia permanecido callado un momento, quitándose el gorro de piel de nutria que cubría su cabeza é inclinándose para enseñarnos una ancha cicatriz que la cruzaba toda; y caí á mi vez del caballo sin conocimiento....

Al despertar de mi letargo, me hallé en una cama con cortinas blancas, en el centro de una gran sala, en la que se veian otros muchos heridos. Estaba como supe luego, en un antiguo convento de Charleroi, que habian habilitado para hospital apresuradamente.

El que ocupaba la cama de la derecha me dijo despues que, durante veinte dias por lo menos, habia estado gritando sin cesar y queriendo arrojarme del lecho: tanto que apenas era posible sujetarme y el Mayor queria me echasen de allí....

Y debia decir la verdad, porque durante todo aquel tiempo, de dia y de noche, á todas horas, tenia delante mis ojos, en el delirio de la calentura, al subteniente Dragut; tal como lo habia visto momentos antes de caer.... Sí, lo veia siempre, como veo muchas veces aún en mis sueños.... como lo veo ahora mismo.... Viene!... viene hácia mi, en medio de la noche.... airado, amenazador, implacable!... coje mi brazo con rabiá... sus uñas se clavan en la carne.... La sangre que sale de su cuello cortado, se desliza gota á gota, hasta mi mano!... Y me arrastral... me arrastra, lejos, muy lejos!... La luna nos alumbrá con su luz amarilla... Vamos en busca de su cabeza; para que pueda dormir en el sepulcro... allá, donde se oyen rumores espantosos... dondehay muertos y sangre

por todas partes!... Oh! que vision tan horrible!...

Y, al decir esto, el viejo Dionisio, que habia estado hablando hasta entonces con una escitacion que parecia ir en aumento, emudeció de repente, y ocultó la cara entre sus manos.

Todos quedamos callados. En la cocina reinaba un silencio imponente, interrumpido tan solo por el chisporroteo de la llama, el extraño murmullo de un gran gato ceniciento que dormitaba con los ojos entreabiertos, sobre el banco en que estaba sentado el *Segare*, y el monótono tic-tac del reloj de cuclillo colgado en la pared, junto á una alacena.

En aquel momento se oyeron de pronto, muy cerca, los aullidos lúgubres y penetrantes de los lobos. Parecia que la banda entera se hallaba reunida á la puerta misma del aserradero.

H. GRIN.

(Se continuará.)

COLECCION

DE

Sermones, homilias y panegiricos,

obra original

escrita

POR EL DR. D. ZACARIAS METOLA Y CUENDE, CANÓNIGO LECTORAL DE LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA DE BURGOS.

Cuatro tomos: en rústica 13 pesetas en pasta 16.

Los pedidos al autor, añadiendo una peseta 50 céntimos para franqueo y certificado.

Imp. Católica, Huerto del Rey, 13.